

La literatura medieval en el aula: propuestas para el futuro

.....
Gabriela García Teruel

Las últimas tendencias dentro de la enseñanza moderna, sobre todo en niveles de educación primaria y secundaria, observan una preferencia muy acentuada por métodos de tipo comunicativo, ésto es, que se esfuerzan por resaltar la faceta de comunicador del docente y que valoran positivamente la participación directa del alumno en el aula. Las clases tradicionales, donde el profesor se erigía en centro exclusivo del aula y los alumnos pasaban a ser meros receptores de la información que aquél les proporcionaba, han “muerto” o han sido condenadas al “destierro”. Este “destierro”, el último reducto que parece quedarle a este tipo de modelo docente, resulta ser la Universidad, es decir, el lugar donde, en teoría, han de formarse los intelectuales, profesionales, científicos e investigadores del futuro. No deja de ser una ironía: poca cabida tienen las opiniones de los alumnos en unas aulas que, debido a una tradición académica quizá mal entendida y que pesa como una losa sobre la institución, reciben año tras año y día tras día millones de estudiantes que asisten a las lecciones magistrales de sus profesores -ayudantes, asociados, titulares o catedráticos- sin mayor posibilidad que la de copiar apuntes y referencias bibliográficas a toda velocidad. Esa tradición anteriormente mencionada que impone una distancia en algunos casos insalvable entre un profesor universitario y sus alumnos, se

mantiene en aras de una supuesta “disciplina académica” y en perjuicio de la comunicación que sería deseable dentro del grupo de elementos integrantes del aula, estableciendo de manera tajante y, a menudo traumática, el cambio de perspectiva que supone para el estudiante acceder a la institución superior de enseñanza. 285

Pero no termina aquí la lista de los males de la Universidad, ni tampoco son todo males dentro de ella. Afortunadamente, la renovación va llegando, todavía lentamente, pero imparable, de la mano de expertos que introducen y potencian con éxito en el ámbito universitario modelos docentes alternativos. A pesar de la esperanza que supone la labor de estos profesionales, la “revolución” no ha llegado -o ha sido muy leve- a los estudios literarios en la mayor parte de los centros universitarios que conozco. Por ello, y tomando esta especialidad curricular como objeto de estudio, intentaré dibujar un panorama diferente que contribuya a enriquecer a los implicados en el mecanismo educativo que se pone en marcha cuando uno de nuestros alumnos universitarios elige -o se ve obligado a cursar- una materia como la Literatura Medieval en lengua inglesa.

Para empezar, diré que el título propuesto para la asignatura era un título estándar que aparecía en buen número de planes de estudio de nuestras universida-

des, y que acabó siendo subsumido, casi “escondido” dentro del gran término “Literatura” en otros tantos planes de estudio afectados por la última Reforma Universitaria que impone el sistema americano de créditos tanto para licenciaturas como para diplomaturas o estudios de postgrado. No parece tener demasiada importancia este hecho, el cambio de nomenclatura de Literatura Medieval Inglesa, por ejemplo, a Literatura Inglesa III ó II ó XXVIII, pero encierra en sí mismo una particularidad que me interesa recalcar: los nombres, en la vida cotidiana, contribuyen a proporcionar una identidad a los entes que designan. En el caso que estamos juzgando, el intento de homogeneizar todos los periodos literarios bajo el término madre “literatura”, les quita identidad, los anula, haciéndonos pensar que todos son iguales. Esto es una asunción totalmente falsa, o ¿será quizá el reflejo de lo que sucede dentro del aula: todos los periodos se abordan de la misma manera, no sirve de mucho distinguir uno de otro?

286 Me temo que hallaremos las claves en esta última pregunta. La enseñanza de la literatura medieval - vamos a centrarnos en ella a partir de ahora- sigue criterios de lo más conservador, comenzando por los contenidos y continuando por la forma de impartirlos a los alumnos, adultos que se hallan, por lo general, en el ecuador de su carrera universitaria. Sólo se tratan cuestiones relacionadas con el nacimiento de la literatura escrita, promoviendo, de esta manera, una gran confusión entre los alumnos a raíz de la introducción, manejo y alusión a términos como “literatura oral” y otros afines a ésta, es decir, transmisión por medio de juglares o skaldas, artificios retóricos y mnemotécnicos que se emplean en la composición de la misma, etc. Al mismo tiempo, se hace necesario conocer los mecanismos estilísticos, los temas recurrentes, las corrientes de pensamiento, la realidad social y cultural de una época marginada por la ortodoxia tradicional, que exaltó el Humanismo y Clasicismo en detrimento del periodo en que se sentaron las bases de la -mal o bien- llamada “Modernidad”.

La propuesta que he ideado se basa en un factor primordial: la distinción entre Historia Literaria -ese maremagnum de fechas, títulos de obras y nombres de autores que suele ser el “alma mater” de las lecciones magistrales tradicionales- y producción literaria. Una con mayúscula, ya que obliga la costumbre y se dice que es una rama de la Literatura; otra, con minúscula, porque, a pesar de ser el centro inexcusable de la

investigación literaria, es la gran desconocida dentro de las aulas. Es decir, la propuesta trata de desterrar los métodos de siempre y hacer que el alumno se involucre directamente en la materia por medio de actividades prácticas en las que cohabiten tanto comentarios de textos de la época -sin condicionamientos teóricos sobre el autor y su circunstancia vital, la escuela a la que se adscribiría, etc., que pudieran, a priori, ayudarlo a establecer ciertos prejuicios- como producción del propio alumno, bien en forma de representaciones de pasajes teatrales, de poemas o canciones, ejercicios de composición escrita y no-escrita que se adapten a los parámetros estilísticos, sociales y mentales de la Edad Media, debates sobre textos medievales de diferentes culturas, contrastándolos con la propia, manejo de bibliografía especializada, etc. El objetivo final de las actividades de producción y crítica y, por ende, el del propio curso, sería elaborar, aún a grandes rasgos, una poética general de la composición literaria en la Edad Media, deducida a partir del estudio de los textos y, con especial atención a su evolución durante los mil años que duró este periodo.

Para conseguirlo, el programa ideal de contenidos del curso podría aproximarse al siguiente:

- a) Una primera parte que versara sobre los **fundamentos de la producción literaria medieval**, con atención especial a la **tradicón literaria oral, su concepto y técnicas de resolución** utilizadas por aquellos autores que eligieron este tipo de soporte para sus composiciones. También convendría tratar, por su interés, la evolución de este singular tipo de literatura, no sólo en la Edad Media, sino la pervivencia del género hasta nuestros días.
- b) Debería analizarse, en segundo lugar, a qué obedecía, qué abarcaba el término **“realidad”**, y, sin duda, el estrecho vínculo que unía a ésta con **“lo fantástico”** y **“lo maravilloso”**. Porque debemos hacer entender a nuestros alumnos que nuestra idea de “realidad” ha sido transformada por los avatares históricos y no ha de coincidir necesariamente con la “realidad” de otros periodos, como el que nos ocupa. A menudo, el aprendiz de estudioso de la producción literaria de estas épocas se ve traicionado por los prejuicios que le impone la actualidad en la que vive e intenta, inconscientemente, trasladar su modelo

cotidiano a todo aquello que analiza. Por ello se hace preciso establecer las diferencias, para no inducir a confusión.

- c) Por último, cuatro grandes bloques que contengan géneros completos, bajo los títulos “**poesía lírica**”, “**poesía épica**”, “**narración**” y “**teatro**”. Esta disposición favorecería el estudio diacrónico de dichos géneros, es decir, la evolución del modelo poético literario correspondiente a cada género desde el primer documento atestiguado hasta el fin de la Edad Media. Al haber sido introducido previamente el alumno en materias como la literatura oral, se le facilitan armas con las que poder abordar la cuestión de las fuentes o influencias que presentan los textos de cualquiera de los géneros mencionados.

Procedo a detallar los apartados que consideraría dentro del estudio de cada género:

Lírica: poesía religiosa, goliárdica (*The land of Cockayne*) y cortés (*Chaucer*). A modo de antología poética del periodo, el profesor seleccionaría una serie de textos -los más representativos en la medida de lo posible- no demasiado extensa, para permitir la consecución de otras actividades.

Épica: Caracterización del héroe: las sagas islandesas, los antecedentes anglosajones (Beowulf), desarrollo de la materia artúrica -incluyendo los “lais”- hasta la obra de Malory.

Narración: Cabría distinguir en este apartado dos subgrupos:

I.- narración en verso (alegórica: *Physiologus*, cuentos (fabliaux, beast tales) que nos marquen la transición del género hasta llegar a los *Canterbury Tales*.

II.- narración en prosa: guías de conducta (*Ancrene Riwle*, *Secreta Secretorum*), enciclopedias (*Policraticus*), alegorías (*Piers Plowman*), libros de viajes (*Mandeville's Travels*).

Teatro: La escena medieval: *Noah's flood*, *Le jeu d'Adam* y *Everyman*.

- d) Retomando la idea de contrastar los textos en lengua inglesa con otra producción del mismo periodo del área de Europa Occidental podríamos establecer las bases de un estudio sincrónico que permitiera trazar paralelismos, si los hubiera, entre la producción de un país en deter-

minado momento de la Edad Media y la de cualquier otra área geográfica cercana. Con ello, pondríamos de manifiesto cuestiones como la noción de **internacionalidad de la cultura** en la época o las **variantes y mecanismos de transmisión de ideas**.

Como no debemos presuponer que el alumno ideal que pudiera cursar esta asignatura conoce, con cierta fluidez, otras lenguas como francés, italiano, alemán, etc., la producción literaria medieval española podría servirnos de punto de referencia para este contraste y comparación, estableciendo lazos entre el héroe Beowulf y El Cid Campeador, Sir Lancelot du Lac o Amadís de Gaula, la enciclopedia de San Isidoro *Etymologiae* y la obra de John de Salisbury o de John de Trevisa, la Dame Siriz del fabliau de su nombre y la alcahueta de los cuentos XIII de la *Disciplina Clericalis* y 10 del *Sendebär*, los tormentos amorosos de Troilo y los de don Melón en la obra del Arcipreste de Hita, las historias de los *Canterbury Tales* y las del Conde Lucanor, los personajes de los “beast tales” y los del *Llibre de les bèsties* de Raimon Llull, la ideología que transmite *Everyman* y la contenida en las *Danças de la muerte...* También sería absolutamente necesario que los alumnos conocieran la “tradición de la rosa”, del *Roman* francés del mismo nombre.

En cuanto a la organización de la clase, ésta se estructuraría como un taller, con el profesor de moderador en los debates o comentarios que puedan suscitarse. La idea del Rey Arturo, de organizar su corte de caballeros en torno a una Tabla Redonda, en la que ninguno, ni siquiera el propio rey, sobresaliera por encima de los demás, debería servirnos de ejemplo dentro del aula. La misión primordial del profesor sería la de aportar los textos correspondientes y ciertas nociones teóricas que fuera conveniente recordar, siempre **al final de cada unidad**, posterior a la discusión razonada en la clase, en forma de guiones o cuadros sinópticos para ayuda de los alumnos. Estos se ocuparían de decidir de qué manera se llevarían a cabo las actividades de producción y crítica, una vez que el profesor les sugiriera las alternativas que él considerara oportunas, pero dejando un margen de libertad a los alumnos, los cuales serían libres de diseñar y escoger actividades propuestas por ellos mismos.

Que duda cabe que, en la propuesta, aún quedan lagunas por cubrir, sobre todo, el método de evalua-

ción. Asimismo, surgen problemas a simple vista: la "ratio" actual de alumnos por aula constituye una severa amenaza para planteamientos de este tipo, puesto que con números altos, la participación diaria de todos los alumnos queda prácticamente excluída. Pero no debemos dejarnos arredrar por las dificultades. Ha de movernos una ambición mucho mayor que cualquier escollo: como docentes, nuestra responsa-

bilidad es "formar" en el más amplio sentido de la palabra y creo que la mejor manera de hacerlo es fomentar el diálogo en las aulas, estimular a los alumnos para que elaboren y expresen sus propios criterios con libertad y animarlos a que tomen en serio su propia responsabilidad en el proceso comunicativo y organizativo que supone formar parte de una comunidad educativa, en este caso, la universitaria.